

Nunca son fáciles las despedidas

A Mariví por la bella noche de primavera en 2022

Ramiro González Gainza

Joan Manuel Serrat se paró frente al público, se miraron; ellos maduros, él por pisar los ochenta, andador de mil caminos, y se entendieron de nuevo, por última vez en cuerpo presente ambas partes. Seguirá sonando en las bandas de sonido de nuestra vida, sobrevendrá como un aliento, a cada rato, y no faltará. Pero esta es su última procesión, su última vez, el cierre de un peregrino, el inicio del mito. La gira *El vicio de cantar* hace las veces de encuentro de despedida.

Serrat sonaba en un cassette en el viejo grabador negro de cuando era niño en mi departamento de Belgrano. Ahí escuché *Cantares*, tendría ocho o nueve años y una madre que había muerto hacia poco, y rebobinaba una y otra vez para oír la letra. Había entendido que el tiempo pasa y que se hace camino al andar, los versos de Machado iban como anillo para comprensiones aún complejas y más bien ríspidas.

La misma canción le pidió volver Esteban Lorenzano a su padre Luis en el Ajusco mexicano para oírla una vez más. Retrocedieron y la escucharon juntos. Sería el fin de un exilio y el inicio de otro, pero sería la última vez juntos.

Serrat canta con todos y charla. Habla, dialoga, invita a la reflexión y va hilvanando una tras otra las canciones de nuestra infancia, de nuestra adolescencia y de nuestra vida toda.

Cuando todo va empezando a tomar forma, cuando aparece un orden cada verso hace que se derramen lágrimas. Llorando las despedidas y los cierres, los duelos y los momentos mágicos vividos.

Mi primer recital con él fue en 1992 en la Plaza del Congreso. Fue una multitud que enfrentaba la tarde y el incipiente menemismo que nos dejaría patas arriba. Fui con Sergio y al terminar habíamos conocido a dos chicas con quienes partimos raudos. Ella se llamaba Lula Olazábal, llevaba un sobretodo largo y una sonrisa corta. Duró más que un long play, de cuanto conocíamos tu obra fue el inicio de la charla.

Volví a verlo en el 2000 en la cancha de Atlanta, una noche que vino mi padre. Fue un recital con muchos invitados, con muchas tópicas, presentaba un espectáculo popular porque los Gran Rex habían sido inaccesibles. Fuimos con toda la banda cubana entre los que estaba Esteban, y al terminar, nos fuimos a comer pizzas. Mi padre me hizo esa noche un guiño, como cuando fuimos a la plaza el 24 de marzo del '96, un guiño con la historia y la memoria. Sabíamos sus canciones - casi- de memoria.

Mediterráneo, Penélope, No hago otra cosa que pensar en ti. Una tras otra va entramando las veces que las cantamos y los lugares, aún los recónditos, y la memoria aflora como si ella también quisiera despedirse del Nano.

La tercera vez que lo vi fue en la cancha de Boca con Sabina, era el verano del 2010. Me llevó en silla de ruedas Lía, había tenido un accidente y aún convaleciente se abrieron las puertas para dar paso, e hicieron esa tromba de stand up y bellos temas que nos encantaban. Verlo en el campo sin moverme y sin casi poder ver, pero percibiendo como cada uno se llevaba una bocanada de aire extra, una felicidad al paso.

Serrat estaba en Cuba, estaba en cada viaje, en mis hijos y en mis amores, en el walkman, Serrat es parte de ese lugar que ocupa la Guerra Civil española en nuestra historia, su abuelo fusilado fue tirado -como dice él- en una fosa común... “y aún estamos luchando”.

Recuerdo el cassette grabado que me dio Diego Eisen con *Tu nombre me sabe a hierba*. Era una tarde de otoño, volvía de su casa en la calle Echeverría y al ponerlo temblé, a pesar de no saber casi nada por mi corta adolescencia. Pero intuí lo que sabría y temblé por el preludio que me cantaba.

No se equivocaba.

Cuando nos casamos con Alejandra no queríamos ni torta, ni civil, ni anillos, ni ramo. Lo único que estábamos seguros era de querer una fiesta y la planificamos en detalle. Hubo empanadas (que amasó mi abuela) y vino, una torta para mi tía Nana a medianoche pues era su cumpleaños, mis primos cantaron con Rafa temas varios y hubo juegos, danzas, bailes. Preparamos la lista de temas con precisión, con pasión y se mezclaban los Redondos con Charly, Juan Luis Guerra con Carlos Vives. Pero para cerrar, no dudamos, sonó *Fiesta*. Y cerró esa noche de marzo en Ezeiza.

La cuarta vez lo ví con mi hermana Florencia en el Luna Park. Era otra gira con Sabina con eso de los 2 pájaros, era marzo de 2012. Ambos habíamos recorrido el año anterior Barcelona, y eso, más cierta nostalgia tanguera nos llevó a buscar encontrarnos frente a un show que tuvo sus sube y baja, ambos venían de nanas de salud y se notaba. Serrat mostraba en cada sonrisa y en cada gag como disfrutaba de ese bonus track que tenían ambos. Ir a España nos había acercado a nuestro abuelo Nicomedes, que partiera desde allí hacia inicios del siglo XX y a quien no conocimos, pero nuestro padre lo llevaba encima y nos lo legó, con toda la españolidad y por eso, quizás, nos parecían cercanas las canciones de Serrat.

No hago otra cosa que pensar en ti. Aparece esa estrofa en cada lamento, en cada separación y en cada ruina. Aparece y nos entona. Como mi amigo Pablo Navarro que para decir una máxima siempre aprovecha la circunstancia para decir la única que es inoxidable: “*no hay nada más bello que lo que nunca he tenido, ni nada más amado que lo perdí...*”.

Lula, Alejandra y Lía se fueron, mi padre murió, lo mismo mi abuela, cicatricé mis duelos y amasé nuevos horizontes, de eso es lo que va la vida. Pablo, Sergio y mi hermana Florencia soportan mis *Cantares*, porque lo nuestro es pasar. Esteban anda por Francia criando a su hijo, no dudo que oigan ambos cada tanto al catalán. Anabella oye con su hijo *Penélope*, pero él no llora como lo hacían ella y su madre mientras su abuela las increpaba.

No sonaron los bellos temas de aquel disco con Benedetti, con el *inolvidable Defender la alegría*, por suerte no cantó ningún tango (de verdad por ahí no se le da) y dió con un bellissimo tema de Atahualpa Yupanqui, inesperado y potente, como cada sorpresa de la noche.

A mi abuela Lidia no le iba ni le venía Serrat pero le encantaba Alberto Cortez, y esta noche de nuevo cantó *Las nanas de la cebolla*, ese verso que él adaptara sobre el poema de Miguel Hernández. El mismo del *Para la libertad*, que es como un himno, y que -pensaba esta noche- fue una buena decisión usar como título al libro que publiqué el año pasado sobre cuestiones de educación liberadora, juego y tiempo libre. Un poco sutil homenaje.

“porque soy como el árbol talado que retoño: aún tengo la vida”

Mariví me agarró la mano fuerte. Me sostenía como cuando el amor explicita. Me miraba, nos mirábamos y escuchábamos. Una noche en un estadio nuevo pegadito a aquella misma cancha de Atlanta. Villa Crespo. Éramos de los más jóvenes. Anabella Lozano contaba la anécdota familiar con Penélope, y de su propio descubrir de quien había vuelto. Todos los muertos sobrevolaban, de jóvenes aprendimos sus canciones para acercarnos a nuestros ancestros, y emocionados salimos a la calle empalagados de esta última vez.

Amo la sensación de compañía y complicidad con Mariví. Será que estamos colgados de un *Pueblo blanco*, será que aferrarnos a esta felicidad es parte de las tramas permitidas por una canción tras otra, todas cantadas en castellano o catalán, todas en su voz inconfundible, todas cantadas por los presentes. Es *La mujer que yo quiero*.

“Con esas manos de quererte tanto / pintaba en las paredes 'Luche y vuelve' / manchando de esperanzas y de cantos / las veredas de aquel 69”, tampoco nos dijo Serrat nada de esta canción críptica y militante, que tanto quisimos ordenar en sus luchas y en nuestros dolores.

Mariví me lleva al Piso, una cooperativa indestructible, y allí brindamos por una vida cantada que nos dio Serrat y por su obra, que nos acompañó y nos acompaña, y que mal que les pese, oyen nuestros hijos. Brindamos y en el brindis hay algo más, están los que no están, están los que usan sus canciones para compartir, para hacer actividades recreativas o culturales, para coordinar, para

aprender a tocar una guitarra, para entonar, para enamorar, para acompañarse.

El 23 de diciembre en el Palau Sant Jordi de Barcelona terminará este periplo. Que empezó en Nueva York y lamentablemente no incluyo a La Habana entre sus paradas. Serrat cuelga los guantes, deja el cuadrilátero, se corre del centro. Difícil podamos ayudarlo en este movimiento que nos invita a una nostalgia persistente.

Cuantas veces don Quijote por esa misma llanura en horas de desaliento así te miro pasar. Y cuantas veces te grito hazme un sitio en tu montura y llévame a tu lugar.

Hazme un sitio en tu montura caballero derrotado hazme un sitio en tu montura que yo también voy cargado de amargura y no puedo batallar

Que todas las batallas que te queden las puedas luchar con la fuerza que nos diste, con esa energía contagiosa que emanan tus sonidos, tus cánticos, tus cantares. Gracias, por hacer de este mundo un lugar mejor, por intentarlo, por cruzar tres generaciones con tanta música y tanta honestidad. Cuesta poner la playlist y saber que será de esa manera de aquí en adelante.

Nos agarramos fuerte de la mano. No vamos solos. Vamos perdidamente enamorados. Casi a destiempo con la época. Seguro tarareando tus canciones. *Nunca es triste la verdad lo que no tiene es remedio*

Ramiro González Gaínza 29/11/2022

COMO CITAR ESTE ARTÍCULO: González-Gaínza, R. (2023); *Nunca son fáciles las despedidas.*; en <http://quadernsanimacio.net> ; nº 37; Enero de 2023; ISSN: 1698-4404 en